
Cooper y Kagan: conversación transatlántica

[Fidel Sendagorta](#)

The Breaking of Nations Order and Chaos in the 21st Century (La ruptura de las naciones. Orden y caos en el siglo XXI)

Robert Cooper

180 págs., Atlantic Books, Londres, 2003 (en inglés)

Of Paradise and Power with a New Afterword. (Poder y debilidad con nuevo epílogo)

Robert Kagan

180 págs., Vintage Books, Nueva York, 2004 (en inglés)

Robert Cooper, diplomático británico ex asesor de Tony Blair, es actualmente segundo de a bordo de Javier Solana en el Consejo de la Unión Europea. En 1996 publicó un ensayo titulado *El Estado posmoderno y el orden mundial*, que recibió una considerable atención en los medios académicos y diplomáticos internacionales, mucha más de la que presagiaba su humilde edición en un folleto de unas decenas de páginas.

El breve boceto de Cooper arrojaba más luz sobre la configuración del sistema internacional a finales de los 90 que la mayor parte de los libros de aquellos años sobre el asunto. La prueba del nueve es que, actualizado y ya en forma de libro, conserva plena vigencia en el mundo posterior al 11-S y al 11-M. Cooper presenta un mundo dividido en tres áreas. El ámbito premoderno –con Estados fracasados demasiado frágiles para imponer su autoridad– es un espacio de desorden y caos del que cita como ejemplos Somalia, Afganistán y Liberia. En segundo lugar se encuentra el moderno, donde sigue intacto el sistema clásico basado en la soberanía de los Estados, nacido con la paz de Westfalia (1648).

La tercera parte del sistema internacional sería el mundo posmoderno. En Europa nace a partir del Tratado de Roma (1958) con el objetivo de superar los fracasos del moderno: un equilibrio de poder que cesó de funcionar como tal y un Estado-nación que llevó el nacionalismo a extremos de destrucción nunca vistos en el Viejo Continente. En el área

posmoderna la soberanía es compartida y se excluye el uso de la fuerza en la defensa de los intereses nacionales. Además de los miembros de la Unión Europea, serían también Estados posmodernos Japón y Canadá.

EE UU, sin embargo, aunque comparte con estos países la prioridad de los valores individuales, constituye, según el diplomático británico, un robusto Estado moderno. De ahí su reticencia a aceptar conceptos posmodernos como la Corte Penal Internacional (CPI) y el Protocolo de Kioto.

Ahora bien, un mundo tripartito requiere una política de seguridad adaptada a cada una de sus divisiones. Por eso, dice Cooper, Europa tiene que acostumbrarse a un doble rasero. Entre sí, los Estados posmodernos se relacionan basándose en el cumplimiento de las normas y la cooperación en materia de seguridad. Sin embargo, fuera de los límites de la posmodernidad, los europeos deben mantener los métodos de una era anterior, incluido el uso de la fuerza, para tratar con Estados no por anticuados menos peligrosos. En la selva no queda más remedio que emplear la *ley de la selva*.



Ya antes de su publicación en forma de libro junto con otros dos trabajos, este ensayo alcanzó notoriedad mundial a raíz de las frecuentes citas que de él hizo Robert Kagan en su *Of Paradise and Power (Poder y debilidad)*. Quedaba abierta una jugosa conversación trans-atlántica entre los dos autores, que ha tenido continuidad en la obra reciente de Cooper y en el nuevo epílogo

—casi tan amplio como el ensayo original— de Kagan. Ambos reflexionan desde perspectivas muy diferentes: uno, desde los Estados Unidos hegemónicos, y el otro, desde la Europa posmoderna, pero comparten un común análisis sobre los desafíos de los países occidentales en este nuevo siglo. Sus itinerarios ideológicos son dispares: Robert Kagan no se sentiría incómodo con la definición de neoconservador que de él hace Irving Kristoll ("un progresista atracado por la realidad"); Robert Cooper se define como un *neoidealista*, es decir, alguien que cree en los beneficios de mayores cotas de gobierno mundial, pero que no se engaña sobre las realidades presentes y sus peligros.

¿No comparten, en el fondo, un mismo vigoroso liberalismo? La respuesta es que, a pesar de sus afinidades, aún les separa una cuestión básica. Para el británico, la Europa posmoderna es progreso —aunque no se engañe sobre sus debilidades— y un ejemplo para el mundo. Cree en el multilateralismo y considera que, con sus defectos, Naciones Unidas es aún la fuente más poderosa de legitimidad a la hora de considerar el uso de la fuerza. Y cita a alguien tan improbable como Napoleón al afirmar que nada permanente se puede fundar sobre la fuerza. Al final, una paz duradera y aceptable para todos sólo puede alcanzarse creando legitimidad. Para Kagan, Europa está en el ciclo descendente de su historia. No tiene capacidad de poder porque ha perdido la voluntad de poder. Haber estado al borde del suicidio en las dos guerras mundiales ha incitado a los europeos a crear un paraíso posmoderno a salvo de las inclemencias de la historia. Pero la insistencia europea en el derecho sólo esconde su debilidad, ya que no es posible concebir un oasis de legalidad en un mundo regido por las relaciones de fuerza. En esta visión del estadounidense, la ONU es un instrumento más de la política de poder. Estados Unidos será multilateralista mientras pueda y unilateralista cuando deba.

Ahora bien, el propio Kagan ha revisado su argumentación tras la experiencia de Irak. Ahora reconoce que la legitimidad es una fuente de poder, a veces más persuasiva que la fuerza, y que EE UU no podrá sostener a largo plazo la guerra contra el terrorismo sin la inyección de legitimidad que sólo Europa puede proporcionarle. Para Cooper, este cambio de enfoque es una gran noticia; para Kagan, una tragedia: los europeos pueden conseguir que EE UU se debilite, y el resultado será una disminución del poder total que el mundo democrático-liberal puede movilizar en su defensa.

No deja de ser paradójico este cambio de papeles: el tradicional optimismo histórico estadounidense se troca en pesimismo, mientras que el escepticismo europeo acaba con una nota de esperanza. Pero Cooper no quiere dejarse llevar por falsas ilusiones. Su libro no es una gran construcción teórica sino una guía práctica para orientarse en un mundo peligroso sin renunciar por ello a los ideales europeos. Contribuye así a crear una doctrina europea original y no importada, y no en vano la Estrategia Europea de Seguridad, que promovió Javier Solana, lleva su impronta de principio a fin. Se trata de una visión que recoge en toda su profundidad lo que, a juicio de Jorge Santayana, era el más esencial mensaje del *Quijote*: que "el idealismo malgasta su fuerza cuando no conoce la realidad de las cosas".

CRÍTICAS DE LOS LIBROS MÁS DESTACADOS PUBLICADOS EN EL MUNDO.

Conversación transatlántica. [Fidel Sendagorta](#)

The Breaking of Nations.

Order and Chaos in the 21st Century (La ruptura de las naciones. Orden y caos en el siglo xxi)
Robert Cooper
180 págs., Atlantic Books, Londres, 2003 (en inglés)

Of Paradise and Power with a New Afterword.

(Poder y debilidad con nuevo epílogo)
Robert Kagan
180 págs., Vintage Books, Nueva York, 2004 (en inglés)

Robert Cooper, diplomático británico ex asesor de Tony Blair, es actualmente segundo de a bordo de Javier Solana en el Consejo de la Unión Europea. En 1996 publicó un ensayo titulado *El Estado posmoderno y el orden mundial*, que recibió una considerable atención en los medios académicos y diplomáticos internacionales, mucha más de la que presagiaba su humilde edición en un folleto de unas decenas de páginas.

El breve boceto de Cooper arrojaba más luz sobre la configuración del sistema internacional a finales de los 90 que la mayor parte de los libros de aquellos años sobre el asunto. La prueba del nueve es que, actualizado y ya en forma de libro, conserva plena vigencia en el mundo posterior al 11-S

y al 11-M. Cooper presenta un mundo dividido en tres áreas. El ámbito premoderno –con Estados fracasados demasiado frágiles para imponer su autoridad– es un espacio de desorden y caos del que cita como ejemplos Somalia, Afganistán y Liberia. En segundo lugar se encuentra el moderno, donde sigue intacto el sistema clásico basado en la soberanía de los Estados, nacido con la paz de Westfalia (1648).

La tercera parte del sistema internacional sería el mundo posmoderno. En Europa nace a partir del Tratado de Roma (1958) con el objetivo de superar los fracasos del moderno: un equilibrio de poder que cesó de funcionar como tal y un Estado-nación que llevó el nacionalismo a extremos de destrucción nunca vistos en el Viejo Continente. En el área posmoderna la soberanía es compartida y se excluye el uso de la fuerza en la defensa de los intereses nacionales. Además de los miembros de la Unión Europea, serían también Estados posmodernos Japón y Canadá.

EE UU, sin embargo, aunque comparte con estos países la prioridad de los valores individuales, constituye, según el diplomático británico, un robusto Estado moderno. De ahí su reticencia a aceptar conceptos posmodernos como la Corte Penal Internacional (CPI) y el Protocolo de Kioto.

Ahora bien, un mundo tripartito requiere una política de seguridad adaptada a cada una de sus divisiones. Por eso, dice Cooper, Europa tiene que acostumbrarse a un doble rasero. Entre sí, los Estados posmodernos se relacionan basándose en el cumplimiento de las normas y la cooperación en materia de seguridad. Sin embargo, fuera de los límites de la posmodernidad, los europeos deben mantener los métodos de una era anterior, incluido el uso de la fuerza, para tratar con Estados no por anticuados menos peligrosos. En la selva no queda más remedio que emplear la *ley de la selva*.



Ya antes de su publicación en forma de libro junto con otros dos trabajos, este ensayo alcanzó notoriedad mundial a raíz de las frecuentes citas que de él hizo Robert Kagan en su *Of Paradise and Power (Poder y debilidad)*. Quedaba abierta una jugosa conversación trans-atlántica entre los dos autores, que ha tenido continuidad en la obra reciente de Cooper y en el nuevo epílogo –casi tan amplio como el ensayo original– de Kagan. Ambos reflexionan desde perspectivas muy diferentes: uno, desde los Estados Unidos hegemónicos, y el otro, desde la Europa posmoderna, pero comparten un común análisis sobre los desafíos de los países occidentales en este nuevo siglo. Sus itinerarios ideológicos son dispares: Robert Kagan no se sentiría incómodo con la definición de neoconservador que de él hace Irving Kristoll ("un progresista atracado por la realidad"); Robert Cooper se define como un *neoidealista*, es decir, alguien que cree en los beneficios de mayores cotas de gobierno mundial, pero que no se engaña sobre las realidades presentes y sus peligros.

¿No comparten, en el fondo, un mismo vigoroso liberalismo? La respuesta es que, a pesar de sus afinidades, aún les separa una cuestión básica. Para el británico, la Europa posmoderna es progreso –aunque no se engañe sobre sus debilidades– y un ejemplo para el mundo. Cree en el multilateralismo y considera que, con sus defectos, Naciones Unidas es aún la fuente más poderosa de legitimidad a la hora de considerar el uso de la fuerza. Y cita a alguien tan improbable como Napoleón al afirmar que nada permanente se puede fundar sobre la fuerza. Al final, una paz

duradera y aceptable para todos sólo puede alcanzarse creando legitimidad. Para Kagan, Europa está en el ciclo descendente de su historia. No tiene capacidad de poder porque ha perdido la voluntad de poder. Haber estado al borde del suicidio en las dos guerras mundiales ha incitado a los europeos a crear un paraíso posmoderno a salvo de las inclemencias de la historia. Pero la insistencia europea en el derecho sólo esconde su debilidad, ya que no es posible concebir un oasis de legalidad en un mundo regido por las relaciones de fuerza. En esta visión del estadounidense, la ONU es un instrumento más de la política de poder. Estados Unidos será multilateralista mientras pueda y unilateralista cuando deba.

Ahora bien, el propio Kagan ha revisado su argumentación tras la experiencia de Irak. Ahora reconoce que la legitimidad es una fuente de poder, a veces más persuasiva que la fuerza, y que EE UU no podrá sostener a largo plazo la guerra contra el terrorismo sin la inyección de legitimidad que sólo Europa puede proporcionarle. Para Cooper, este cambio de enfoque es una gran noticia; para Kagan, una tragedia: los europeos pueden conseguir que EE UU se debilite, y el resultado será una disminución del poder total que el mundo democrático-liberal puede movilizar en su defensa.

No deja de ser paradójico este cambio de papeles: el tradicional optimismo histórico estadounidense se troca en pesimismo, mientras que el escepticismo europeo acaba con una nota de esperanza. Pero Cooper no quiere dejarse llevar por falsas ilusiones. Su libro no es una gran construcción teórica sino una guía práctica para orientarse en un mundo peligroso sin renunciar por ello a los ideales europeos. Contribuye así a crear una doctrina europea original y no importada, y no en vano la Estrategia Europea de Seguridad, que promovió Javier Solana, lleva su impronta de principio a fin. Se trata de una visión que recoge en toda su profundidad lo que, a juicio de Jorge Santayana, era el más esencial mensaje del *Quijote*: que "el idealismo malgasta su fuerza cuando no conoce la realidad de las cosas".

Fidel Sendagorta es diplomático español.

Fecha de creación

11 septiembre, 2007